

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

# La historia del pescador y su esposa

Érase una vez un pescador y su esposa. Eran tan pobres que sólo podían vivir en una choza junto al mar. El pescador iba a pescar todos los días. Pescaba todo el día.



Un día, estaba sentado junto a su caña de pescar mirando el agua cristalina. De pronto, el flotador se hundió profundamente. Cuando tiró de él, había un pez plano en la línea.

El pez plano dijo:

—Escucha pescador, déjame vivir porque en realidad no soy un pez plano. Soy un príncipe encantado. No ganarás

nada matándome. No tengo buen sabor; devuélveme al agua y podré nadar de nuevo.

—Bueno —dijo el hombre—, no gastaré más palabras. Un pez que puede hablar, mejor lo dejo nadar de nuevo.



Inmediatamente, volvió a lanzar el pez plano al agua cristalina. El pez se sumergió y dejó tras de sí un largo rastro de sangre. Se trataba de la herida causada por el anzuelo. El pescador volvió con su mujer a la choza.

—¿Pescaste algo? —le preguntó la esposa.

—No —dijo el hombre—. Pesqué un pez plano, pero me dijo que era un príncipe encantado, así que lo dejé ir.

—¿Pediste un deseo, entonces? —dijo la esposa.

—¿Qué debería desear?

—Bueno —dijo la esposa—, vivir en una choza todo el tiempo no está tan bien. Podrías haber deseado una casita de pescador. Vamos, ve allí y llama al pez. Luego dile que nos gustaría tener una casita de pescador. Lo pescaste y lo dejaste ir, así que estará encantado de arreglarlo para ti. Adelante, vete ya.

El hombre no quería irse, pero tampoco quería oponerse a su mujer. Volvió al mar.

Cuando llegó al mar, vio que el agua era verde y amarilla. Ya no era tan clara como antes. Se paró junto al agua y dijo:

—¡Pez, pez, nada hacia mí! Mi mujer, Ilsebill, desea algo. El pez plano no tardó en nadar hacia él y le preguntó:

—¿Qué desea?

—Bueno, mi mujer dijo que debería haber pedido un deseo cuando te atrapé. Ya no quiere vivir en una choza, sino en una auténtica cabaña de pescador.

—Vete —dijo el pez plano—, ella ya la tiene.

El hombre se apresuró a volver. Y mira ahora, su mujer ya no estaba en la choza. Estaba sentada en un banco delante de la puerta de una auténtica cabaña de pescadores.

—Pasa, esto es mucho mejor —dijo.

Entraron por un pequeño pasillo. Había una habitación pequeña y bonita y otra grande con dos camas. También había una cocina y una bodega. Todo estaba allí, y todo era igual de bonito, desde el estaño y el cobre hasta las herramientas.

Detrás de la cabaña había un pequeño patio con gallinas y patos. También había un huerto con verduras y árboles frutales.

—¿No es precioso? —dijo la esposa.

—Si, es maravilloso —dijo el hombre—. Si sigue así, podremos vivir felices.

—Definitivamente —dijo la esposa. Comieron y se fueron a la cama. Y así pasaron catorce días.

Entonces la mujer dijo:

—Escucha, hombre, esta cabaña es un poco estrecha. El jardín también es muy pequeño. El pez podría habernos dado una casa más grande. Me gustaría vivir en un

bonito castillo de piedra. Vamos, ve a ver al pez y dile que nos regale un castillo.

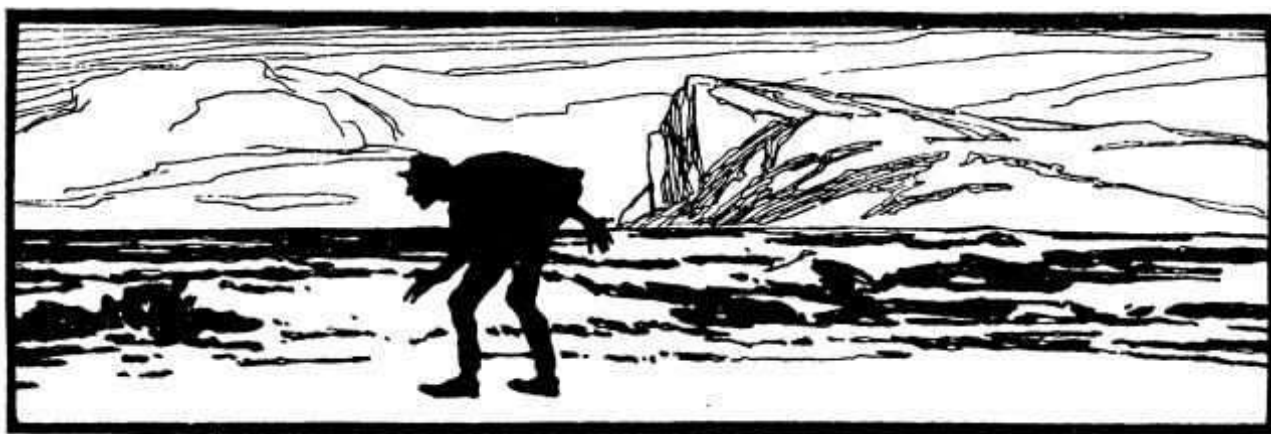
—Oh, mujer —dijo el hombre—, esta cabaña es suficientemente grande. ¿Qué haríamos en un castillo?

—Ve, seguro que el pez puede darnos un castillo —dijo ella.

—No, mujer —dijo el hombre—, el pez ya nos ha dado una cabaña. No volveré a llamar a su puerta para pedirle un castillo. Podría enfadarse.

—Vete —dijo la mujer—. El pez puede hacerlo y seguro lo hace con gusto.

Al hombre le pesaba el corazón. No quería ir. “Esto no está bien”, pensaba. Pero al final, fue.



Cuando llegó al mar, el agua era completamente violeta y azul oscuro. Las olas eran ahora grises y gruesas. Se paró junto al agua y dijo:

—¡Pez, pez, nada hacia mí! Mi esposa, Ilsebill, desea algo.

—Bueno, ¿qué desea? —dijo el pez.

—Oh —dijo el hombre tristemente—, quiere vivir en un gran castillo de piedra.

—Ve a ver, ya está en la puerta —dijo el pez.

Cuando llegó a casa, su mujer estaba delante de un gran castillo de piedra. Le cogió de la mano y le dijo:

—Entra.

En el interior, había un magnífico mármol en el suelo. Los sirvientes mantenían las puertas abiertas y caminaban de un lado a otro. Las paredes estaban cubiertas de hermosos tapices. Las mesas y las sillas eran de oro. En las mesas había deliciosa comida y el mejor vino.

Detrás del castillo había un gran patio con un establo y una caballeriza con carruajes. En el gran jardín crecían las flores y frutas más hermosas. El castillo también tenía un parque muy grande donde vivían ciervos, corzos y liebres. Había todo lo que se podía desear.

—Bueno —dijo la mujer—, ¿no es hermoso?

—Oh, sí —dijo el hombre—. Ahora que vivimos en un hermoso castillo, seremos felices y estaremos contentos.

—Pensaremos en ello durante la noche —dijo la mujer—. Y así se fueron a la cama.

A la mañana siguiente, la mujer fue la primera en despertarse. Acababa de salir el sol y desde su cama veía las maravillosas tierras que tenía ante sí. El hombre se estaba estirando cuando ella le dio un codazo. Le dijo: —Hombre, levántate y mira por la ventana. ¿No podemos convertirnos en reyes de estas maravillosas tierras? Ve a ver al pez y dile que queremos ser reyes.

—Oh, mujer —dijo el hombre—. ¿Por qué deberíamos ser reyes? Yo no quiero eso en absoluto.

—Bueno —dijo la mujer—, ¿no quieres ser rey? Ve al pez y dile que quiero ser el rey.

El hombre fue, pero en realidad no quería. “No está bien y no tiene sentido”, pensó. Cuando llegó al mar, ahora era gris, opaco, negro y espeso. También percibió un olor nauseabundo. Se paró junto al agua y dijo:

—¡Pez, pez, nada hacia mí! Mi esposa, Ilsebill, desea algo.

—Bueno, ¿qué desea? —dijo el pez.

—Oh —dijo el hombre—, desea ser rey.

—Ve a ver. Ya es rey —dijo el pez.

El hombre volvió a casa y vio que el castillo se había hecho mucho más grande, con una alta torre decorada con adornos. Había un guardia en la puerta y los soldados tocaban tambores y trompetas. Dentro, todo era de mármol puro y oro. Su esposa estaba sentada en un trono de oro, tachonado de diamantes. Llevaba una gran corona en la cabeza y un cetro de oro. A ambos lados había una hilera de damas de la corte.

—Oh, mujer, ¿ahora eres reina? —preguntó.

—Si —dijo la mujer—. Ahora soy una Reina.

Se quedó un rato mirándola. Luego dijo:

—Estás magnífica. Ahora sí que no tenemos más nada que desear —pero la mujer volvió a inquietarse y dijo:

—El tiempo pasa tan lento para mí. No puedo soportarlo más. Ve a ver al pez y dile que quiero convertirme en Emperatriz.

—¿Por qué quieres convertirte en Emperatriz ahora? — preguntó.

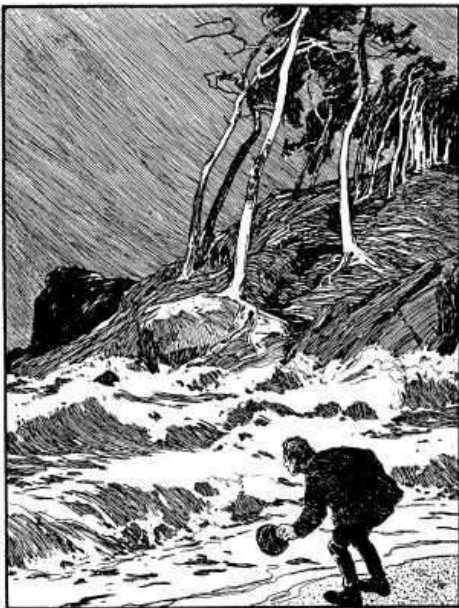
—Sólo ve a ver al pez. Quiero ser Emperatriz —dijo.

—Oh, mujer —dijo el hombre—, el pez no puede convertirte en Emperatriz. No puedo pedirle algo tan atrevido. Sólo hay un Emperador en el imperio.

—Yo soy la Reina, así que estoy al mando. Tú eres mi esposo, así que tienes que irte inmediatamente. Si él pudo convertirme en Reina, puede convertirme en Emperatriz. Debo ser y seré una Emperatriz. Ve, ahora mismo.

El hombre tuvo que ir. En el camino, sintió miedo y vergüenza. Era una petición demasiado atrevida

preguntar si su esposa podía convertirse en Emperatriz. Los peces no lo apreciarían.



En cuanto llegó al mar, el agua se volvió aún más negra y espesa que antes. Comenzó a hervir con grandes burbujas. Se levantó un fuerte viento que agitaba el mar.

Se paró junto al agua y dijo: —¡Pez, pez, nada hacia mí! Mi esposa, Ilsebill, desea algo.

—Bueno, ¿qué desea? —dijo el pez.

—Oh pez —dijo—, mi esposa desea convertirse en Emperatriz.

—Vuelve, ya lo es —dijo el pez.



Cuando el hombre volvió al castillo, vio un castillo de mármol pulido con estatuas de alabastro y adornos dorados. Los soldados desfilaban ante la puerta, tocando trompetas y tambores. Dentro, barones, condes y duquesas se paseaban como sirvientes. Le abrían las puertas, que eran de oro puro.

Dentro, su esposa estaba sentada en un alto trono de oro. Llevaba una corona de oro en la cabeza, tachonada de brillantes diamantes. En una mano sostenía un cetro de oro y en la otra, un guante de oro. A ambos lados de ella había una hilera de asistentes, de tamaños que iban de enanos a gigantes. Delante de ella había una fila de príncipes y duques.

El hombre se colocó entre ellos y dijo:

—Mujer, ¿ahora eres Emperatriz?

—Si, soy una Emperatriz —respondió. El hombre la miró atentamente y, al cabo de un rato, dijo:

—Oh, mujer, qué hermosa eres ahora que eres una Emperatriz.

—Hombre —dijo—, ¿por qué sigues ahí de pie? Ahora soy una Emperatriz, pero quiero convertirme en Papa. Ve con el pez.

—Oh, mujer —dijo el hombre—, ¿qué quieres ahora? Convertirte en Papa es imposible. Sólo hay un Papa en toda la Cristiandad.

—No te quejes —dijo la mujer—. Quien puede convertirme en Emperador, también puede convertirme en Papa. Yo soy el Emperador y tú eres mi hombre. Debes escucharme, así que date prisa.

El hombre se asustó y fue allí con las rodillas temblorosas.

Una fuerte tormenta soplaba sobre la tierra. Las nubes surcaban el cielo. Al anochecer, las hojas cayeron de los árboles. El agua se agitaba y rugía, las olas chocaban contra la playa. A lo lejos, vio los barcos bailando sin rumbo sobre las olas. Sin embargo, el cielo seguía un poco azul en el centro. El fuerte temporal parecía desplazarse hacia el sur.

Fue a pararse junto al agua, acurrucado por el miedo, y dijo:

—¡Pez, pez, nada hacia mí! Mi esposa, Ilsebill, desea algo.

—¿Ahora qué quiere? —dijo el pez.

—Ah —dijo el hombre—, quiere convertirse en Papa.

—Ve a casa, ya es Papa —dijo el pez.

Cuando llegó a casa, vio una magnífica iglesia rodeada de palacios. Una gran multitud estaba en la puerta.

Dentro, todo estaba iluminado con miles de luces. Su esposa estaba vestida de oro puro. Estaba sentada en un trono aún más alto, rodeada de clérigos. A ambos lados de ella había dos filas de velas tan gruesas como la torre más alta que existe. Todos los emperadores y reyes se arrodillaron ante ella y besaron su Zapatilla Imperial.

—Mujer, ¿ahora eres Papa? —preguntó el hombre.

—Si, lo soy —dijo ella. Él la miró directamente y fue como si mirara al sol brillante.

—Ah, mujer, qué hermoso que ahora seas Papa.

La mujer no se movió y miró hacia abajo desde su alto trono.

—Mujer, siéntete satisfecha ahora que eres Papa. No puedes llegar a ser nada más —dijo el hombre.

—Tendré que pensarlo —dijo la mujer. Luego se fueron a la cama.

Pero, en realidad, la mujer seguía sin estar satisfecha. No dejaba de pensar en qué otra cosa podría convertirse. Daba vueltas en la cama, pero no se le ocurría nada. El hombre durmió bien y profundamente. Aquel día había caminado mucho.

Entonces salió el sol. Vio el amanecer, contempló la hermosa luz y dijo:

—Espera, ¿no puedo también hacer salir el sol y la luna? Golpeó a su marido dormido en las costillas. Se sobresaltó tanto que se cayó de la cama. Pensó que estaba soñando.

—Ay, mujer, ¿qué has dicho?

—Hombre, si yo misma no puedo hacer salir el sol y la luna, no tendré un momento de paz. Quiero ser como Nuestro Señor.

Ella lo miró con tal frialdad que a él le dieron escalofríos.

—Ve al pez inmediatamente y dile que quiero ser como Nuestro Señor.

El hombre cayó de rodillas y dijo.

—Mujer, eso es imposible. El pez fue capaz de hacerte Emperador y Papa. Te ruego y te suplico, entra en razón y sigue siendo Papa.

La mujer sacudió la cabeza tan furiosamente que su pelo voló alborotado. Dio una fuerte patada a su marido y gritó:

—No puedo soportarlo, no puedo soportarlo más, ¿me oyes? Vete.

El hombre salió corriendo, muy asustado.

Afuera, la tormenta era tan fuerte que apenas podía mantenerse en pie. Las casas y los árboles se caían. Las montañas temblaban, las rocas caían al mar. El cielo estaba negro y había truenos y relámpagos. En el mar, las olas negras, con una cresta blanca de espuma, eran tan altas como torres de iglesia.

Fue a pararse junto al agua, pero debido a la fuerte tormenta, no podía oír sus propias palabras. Gritó:

—¡Pez, pez, nada hacia mí! Mi esposa, Ilsebill, desea algo.

—Bueno, ¿qué desea ahora? —dijo el pez.

—Ay —dijo él—, quiere llegar a ser como Nuestro Señor.

—Vuelve, ella ya está de vuelta en tu vieja choza —dijo el pez.

¿Y? Hasta el día de hoy siguen allí.

